
Una historia

Se miró. Echó la vista hacia abajo, casi sin moverse. Allí estaba, pegado a su pecho. Sus ojos no se veían. Sólo parecía que debían estar quietos, fijos, porque así estaba su cuerpecito, sobre el suyo, el de la madre, que permanecía doblada sobre las piernas, ladeada, sentada en el suelo. Los ojos los tenía para abajo, intuyendo el pequeño bulto, y los brazos apretaban. Hacía frío, tampoco demasiado.

Seguro que él no movía los ojos; seguro que los brazos de ella lo apretaban; seguro que hacía algo de frío.

Sin moverse, levantó un poco la cabeza. Entonces se dio cuenta de que era casi de noche. Por el hueco que había al frente, a seis o siete pasos, sólo se percibía una débil claridad. Lo que pudiera haber al otro lado del hueco ya apenas se veía.

Suspiró, se arrellanó. Un escalofrío le recorrió el cuerpo de arriba abajo y debió sentirlo el niño porque protestó.

«Calla, amor. Calla.»

Le pasó un dedo por la cabeza con mimo; una pelusilla se le enredó. Era verdadero. Un instante fue reina de todo. El mundo no tuvo ni principio ni fin. Tampoco tenía tamaño alguno. Allí empezaba y allí acababa. Todo aquello era suyo.

Con la mano izquierda se cogió el pecho sabiamente y acomodó la cabeza al niño. Hubo su revuelo por entre las carnes y las ropas y pronto quedó otra vez todo en paz. Los ojos del niño seguro que habían pestañeado. Estaba suficientemente oscuro para no verlo.

Todo fue un sueño. Un rato de paz, una tregua de pensamientos y de recuerdos.

«Come, cariño. Come.»

Por dentro empezó a sentir la vida. Un deleite en forma de río amoroso se le escapaba por todo el cuerpo. Pero también la cabeza le sacó a relucir de nuevo todo lo que llevaba.

Se recostaba en el muro, a su derecha. Había escogido un rincón sin excrementos. Tenía alguna colilla, algún pequeño escombros, pero los apartó antes de echarse al suelo. Estaba cansada. Es curioso que ahora, en este tiempo, se viene la noche sin darte cuenta. La habitación, cuando la terminen, con la ventana y los cristales, las paredes blancas, el suelo con baldosas, va a quedar bien.

Por la escalera ya comprendió que iba a acertar, se había prometido un rincón algo grato... Los peldaños, sin terminar, de ladrillo aún, tienen los bordes matados, pero se asienta bien el pie. No obstante, subía bien pegada a su izquierda, rozando la pared; al otro lado no había barandilla. Estaba cansada, pero no pesaba demasiado, pobrecito.

En su lugar, entre tantos y tantos lugares difíciles de encontrar, igual que el número premiado antes del sorteo, allí estaba. En el primer rellano encontró el hueco de una puerta, tras él, a la derecha, estaba el rincón, frente al espacio abierto de la ventana, justo al borde sin marco y sin cristal que da al aire. Abajo, la calle.

Fue una suerte encontrar aquel resquicio entre el árbol y el semáforo. Con el niño en el vientre no hubiera cabido, ahora está muy delgada, para algo tiene que servir. Se coló fácilmente. Nadie la vio.

Podía ser suya esa casa, pensó al verla desde lejos. La estaría mirando mientras terminaban su construcción. Cuántos días, cuántos atardeceres se paseaba por la acera de enfrente para observarla.

Por aquellos lugares donde tantas veces caminó con él. Una calle, una promesa de casa, muchas promesas y cosas todas juntas, hace tan poco tiempo. En un verbo, sólo en un verbo, en lo que se dice, ha pasado, ha quedado atrás. Así se lo decía su madre, casi ya abuela sin saberlo, en un verbo de tiempo.

«No, no, no llores. Aquí está mamá, tu mamaíta. Enseguida, enseguida.»

¿Para quién se habla si uno ya no tiene oídos, ni vergüenza, ni amor, ni cosa que hacer?

Todo fueron promesas. Verás, verás. Y los ojos se cubrieron de sol, de lluvia, de sequedad, de frío... Pero nada consiguió ver que de fuera viniera. Por dentro, todo su amor, toda su entrega. Tampoco es cierto que el campo agostado no puede reverdecer. Sí, era una promesa infinita. ¿Sabes? Como cuando el sol se hace grande como una naranja encima del horizonte, justo. Bello, horrible. ¿Cómo no se va a creer?

Cambió de postura; el cuerpo se le entullía. El frío aumentaba la incomodidad. El borde de una rasilla mal enfilada se le hincaba a la altura de la quinta costilla. Lo notó desde el primer momento, pero al principio todo iba mejor. Ahora que el cansancio pasaba le empezaba a molestar la postura, las asperezas del suelo, cualquier cosa. El niño también, sí, amor, pesaba. Al principio, al echarse al suelo, conquistó un rincón escondido, alejada de algún mal impreciso... Una tontada, quizá, pero que le daba miedo. Las dos paredes del rincón la reconfortaron durante un rato. Después, la costumbre, que todo lo estropea, le hizo pensar que aquel rincón sólo era un rincón, no era nada eterno.

Todo aquello acompañado de color, de calor, de un olor grato que nunca comprendió de dónde podría venir. Un olor entre vegetal y animal..., tan intenso era... Venía acompañado de unas fuerzas desconocidas que desde dentro la llevaban a algún lugar. Todo era desconocido y confuso, pero hermoso.

No, los ojos no se le volvieron. No, los ojos, lo que ocurre, es que no quisieron ver. Bueno, quizá es que ya no le quedarán ojos. Todo era negro, nada... y ese olor, ahora ya algo ajado, viejo, algo acre, aunque todavía deseado, todavía esperanzador. Para al rato ser pasado o algo así.

«Ea, ea, no me llores. Calla..., calla, cielo. Ea, ea, ea.»

Luego empezó a pasar el tiempo. Los encuentros se sucedieron, gratos, siempre gratos. Hasta... siempre hasta algo. Un gesto, una cosa mínima, incluso nada. Pero que se nota. Nada, no tengo nada, que ya me aburres, siempre con el lío. Me aburres, eso es. Me aburres. Unas palabras como clavos.

No se acordaba de cuando babeó para hacerse más hombre, sólo quizá por ello y para darse importancia. ¡Qué dolor! Así siempre es la cosa. Luego, no me abandones... Pero en cualquier suelo, en cualquier lugar, tras esas matas, en el viejo coche abandonado. La cama de quien tan sólo conocía su nombre le hizo apenas susurrar la palabra casa... Y se colmó el vaso, sin darse cuenta. De nada se enteró.

También fue entonces cuando pensó: estoy esperando un hijo. Ah, eso no, ni casa, ni hijo, ni nada. Cada uno por su lado.

Toda la miseria se hizo. El corazón se volvió piedra en un momento. Ya no tenía delante los ojos más bonitos que la miraban al tiempo que el cuerpo se le ponía terso y con aristas como cuchillos. Ya no sentía aquellas manos siempre sucias que rozaban su piel en forma de alas. Ya nada de aquello estaba en algún lugar de su adentro. Todo se hizo piedra.

«Duerme, así. Duerme, qué rico, hijo. Parece un gatito.»

Empezaron enseguida las reconvenções. Que si esto, que si lo otro. No podía salir, no podía entrar. Luego ya poco importó, al principio fue muy antipático.

A bronca diaria. Más tarde no importó, ni mucho ni poco. Lo que importaba y no tenía remedio era haberlo conocido. Todo fue así. Los padres no querían aquello que la hija quería. Fue difícil para todos. Hasta que acabó siendo imposible. La tripa ya empezaba a notarse.

Por qué todo aquello. El caso es que a su madre la quiso seguir viendo, era su madre. Cuando iba a la compra la espiaba desde lejos. Le hubiera explicado lo mucho que la había querido.

Es igual, las cosas han pasado. Nada se puede hacer. Acaso dormir. Procurar dormitar. Esperar que venga el sueño. Como a éste. Es curioso, hay momentos que no se oye nada, ni siquiera el latir del corazón.

«¡Dios!»

Acercó el oído al niño. No hizo falta, protestó enseguida. Estaba vivo. Ahora pasa un coche, se pierde. Los ojos se van cerrando. Tiene hambre, o frío, o simplemente sueño.

Un canalla. Poco fue lo que hizo. Del niño, no. El niño era cosa de los dos. Perseguir y perseguir y amenazar y amenazar. Encima sin dinero y venga dinero y dinero. Las manos no daban más abasto. El cuerpo ya estaba cansado. Y el alma rota de luchar y de aguantar.

Cualquiera se enfrentaba. Se ponía hecho un energúmeno. Con todo, alguna vez sonaban las campanas y estaba hasta tierno y agradable. Entonces daba gusto. Pero aquellos momentos eran los menos. Y cada vez más distantes.

Su cuerpo ya no podía más. Por la noche en casa de la amiga estaba bien. Al niño le hacía una camita con cualquier cosa. Tenía luz, y aseo, y gas butano, y televisión. Estaba bien. Cuando se puso tan pesado, si llamaba a la puerta, se escondía. No está, ha salido. La escalera sonaba de distinta forma. Entonces se le encogía el alma y se acobardaba. Casi nunca fallaba. Era él. El camino es fácil y normalmente había alguna recompensa. Con el dinero se contentaba.

Todo lo que quedaba detrás de pronto se le juntaba en la cabeza. Parecía que le iba a estallar. Era difícil aguantar tanto dolor a la vez. No debió fiarse, y la muy tonta siguió y siguió y siguió. Aquella vez y nada más, y cortarle, que pronto comprendió de dónde cojeaba. Hecho un golfo siempre por ahí. Tonta se es una vez y se vuelve y se vuelve.

Aquí no hay miedo, no hay razón para tenerlo, pero esto no puede ser eterno. Un rincón no es suficiente. Hay que hacer algo. Mañana, siempre mañana. Claro, qué voy a hacer ahora, se airó contra sí misma.

Si fue sueño o realidad... El caso es que ya perdía la noción de las cosas, ni al niño

lo notaba. Claro que si lo hubieran tocado, aunque hubiera sido simplemente rozarlo, lo habría sentido. Todavía lo tenía dentro, como quien dice.

Ya no hacía frío; la cabeza se le iba en los primeros mareos del sueño. Sí que debió sentir algún ruido porque las maderas, quien fuera, las tuvo que separar un poco, a menos que estuviera tan delgado como ella, cosa difícil. Seguro que lo oyó. Luego, a lo mejor, al cabo de los años, recordando, podrá sentir nítidamente ese ruido que entonces igual pudo haber llegado a sus oídos pero no oyó.

Se apretaba contra el niño en sueños asegurándose su propio cuerpo y volvió a sentir la tranquilidad y la felicidad del acomodo. Algún tiempo hubo en el que todo aquello fue eterno. Descanso absoluto. ¿Cuánto tiempo?

Aún cambió un poco de postura. El niño ya no mamaba. Comprobó la oscuridad del hueco de la ventana. Estaba profundamente dormida. Su respiración seguía a la del niño; la de la cría entrecortaba los suspiros de la madre. Unos breves rumores que nadie podía oír. Aislados, solitarios, sin dueño, levemente sonoros, un breve instante.

No hubo mundo durante un rato, ni soledad, ni tristeza, ni frío, ni deseos. Acaso sólo la sensación de su cuerpo sin peso, del crío entre sus brazos que no son suyos.

Es cuando empezaron a oírse los pasos que se acercaban. Primero se fueron aproximando, después desaparecieron, y algo más tarde volvieron a irse acercando poco a poco, golpeando levemente la escalera.

Ocurría que algo por dentro le había dicho anteriormente que se podían escuchar, poniendo atención, unos ruidos acompasados que hace un rato no se oían.

Despierta ya, de pronto, todo pareció entenderlo. Alguien subía por la escalera. También debía llevar alguna luz. A su izquierda iba notando, al compás del ruido de los pasos, para un lado y para otro, el vaivén de la claridad que se acercaba.

Todo ocurrió en un instante. Dejó el niño a un lado en el suelo. Refunfuñó levemente, pero siguió callado. Escuchó, y entre los pasos, la luz y el miedo, oyó el respirar del hijo. Cogió fuerzas. La luz se hizo de pronto, primero contra una pared; después, enseguida, girando, contra su cuerpo. La luz la cegó. Alguien la llevaba, pero no podía distinguir quién.

«¡No!»

La luz se apagó, sonó algo contra el suelo y sintió, más que ver, cómo se le venía encima un cuerpo. Se echó a un lado, al contrario de donde estaba el niño. Se acercaba al hueco de la ventana. Ahí fue sujetada, apretada, resobada, mientras, gritaba, chillaba, se revolvía, arañaba, pataleaba.

«¡Fiera!»

Escupía. Consiguió zafarse un poco del atacante, se fue hacia la ventana, comprendió el peligro, hizo un regate a la izquierda. Un olor acre pasó rapidísimo por su derecha. Delante, el aire del aire algo menos oscuro del hueco de la ventana... Sólo fue un grito y un ruido terrible que volvió del suelo. No puede recordar cómo sonó. Se volvió, miró para atrás sin ver. El niño sollozaba. Su ruido la guió mejor. Se agachó y su contacto hizo callarlo. Estaban llorando sus ojos. No había otra cosa que hacer. Apretaba al niño contra su carne y, como tantas veces, con ello se consolaba.

Se fue hacia la puerta, despacio. Arrastraba los pies para evitar los tropiezos. Sonó algo que rodó un poco. Ris, ras. Ris, ras. Iba y venía en el suelo. Se le debió caer a ése. Empezó a bajar las escaleras. Las bajó.

Abajo, en el suelo, estaba aquello. Buscó entre las tablas el resquicio. No quiso mirarle la cara. Ni que no tuviera otra cosa mejor que hacer.

(También pudo ocurrir que abajo se acercara a aquello que estaba en el suelo y comprobara que aquel olor acre que despidiera el bulto, en su rápido camino hacia la ventana, fuera igual a aquel olor acre, grato al principio, entre vegetal y animal, con el que tuvo que ver y el tiempo y las cosas lo llevaron, por una desconocida causa, a perecer por despanzurramiento en el suelo.)

JORGE CELA TRULOCK
Larra, 1, 5.º B
Ciudad de los Periodistas
MADRID